

do, exiliado interior y poco comprendido que fue. Hallamos arrepentimiento y autocrítica: “el daño que me ha hecho [la política] en dos épocas de mi vida FUE y Falange” (1946). Afirmaciones de su catolicismo y críticas al catolicismo español: “soy católico de izquierdas porque creo que la Biblia es un libro maravilloso. (Los católicos de derechas no leen la Biblia)”, o “tal vez nuestros arzobispos sean más franquistas que papistas” (1956). Críticas a la situación cultural y política de España: “Todo lo que tiene calidad en España es antifranquista” o mientras veranea en Loredo apunta en su diario “¡Qué gusto saber que hay en Francia y en Italia juventudes sin estos campamentos, sin 18 de julio!” (1956). Todo esto deriva en una jugosa y compartida, a mi entender, forma de comprender España, y el concepto de patria: “Ser español ocupa un puesto secundario en el orden de importancia de las cosas que soy” o “A mí, que no soy patriota, y que no siento a España como nación o unidad de destino en lo universal, etc., me coge España o el amor a la patria por dos cosas: la geografía, el puro paisaje, y la lengua, el idioma” (1958). Deliciosas palabras de un poeta considerado franquista por muchos que en 1963 escribe en su diario: “entra en mi cuarto de soñador antifranquista el viento frío gallego”.

ALBERTO SANTAMARÍA  
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

**Javier Serrano Alonso. *Valle-Inclán: Epistolario recuperado*. Lugo. Editorial Axac. 2012, 80 pp.**

Los epistolarios de los escritores han encontrado al fin entre nosotros su lugar. Cada vez son más y mejor los editados y concediéndoles la importancia que tienen tanto por su valor documental como por ser una forma de escritura, que permite acceder a la vida privada y a la intimidad —al menos en apariencia— sin los filtros que imponen otros medios expresivos. A la vieja curiosidad por conocer la vida de los escritores se añade así la posibilidad de indagar en esta modalidad de escritura donde el yo se proyecta con una libertad y cercanía mayores que en otros géneros.

Como señala Javier Serrano Alonso, los escritores de la Edad de Plata se están beneficiando de esta nueva valoración de las cartas y se van sucediendo notables entregas sobre muchos de aquellos escritores. Valle-Inclán no podía quedar al margen y el hecho es que el autor del libro que reseño en el momento de cerrar su estudio contabilizaba ya quinientas veintiocho cartas de don Ramón conocidas, que categorizó en cuatro grupos: originales, cartas de firma conjunta originales, cartas editadas en prensa y otros medios, y de firma conjunta aparecidas en medios de comunicación. De esta cifra, cuatrocientas sesenta son de firma exclusiva de don Ramón (p. 4). Si durante un tiempo, las cartas públicas del autor de los esperpentos han sido las más comentadas y conocidas, ahora, paso a paso, se va accediendo a su mundo privado. No son por lo tanto un apartado menor de sus escritos y en ellas se pueden espigar datos y opiniones fundamentales para la comprensión de su autor.

Desde entonces se ha producido alguna nueva entrega que incrementa incluso ese número. Es el caso del libro de Antonio Espejo, *El eco de la palabra. Claves literarias e intelectuales de Ramón del Valle-Inclán en algunas páginas olvidadas* (Valencia, La Bella Araña Editorial, 2014), en cuyo capítulo segundo da cuenta de al menos 16 misivas, algunas de las cuales han sido censadas paralelamente por Serrano Alonso. Lo destacable en todo caso es señalar que, en pocos años, se han duplicado las cartas

conocidas del escritor gallego, descubriendo aspectos inéditos de su personalidad y de su trayectoria. Ha bastado con que se abrieran algunos archivos —de particular importancia es el legado manuscrito Valle-Inclán Alsina— y que se haya continuado recuperando la documentación de don Ramón dispersa por la prensa. Uno de los aspectos atractivos de este libro es justamente la revisión sobre lo acontecido y el recuento de aportaciones significativas a la formación de este ya bien nutrido *corpus*, que debe ser en el futuro una de las bases sobre la que se construya una necesaria biografía del escritor documentada y puesta al día.

Como el movimiento se demuestra andando, el resto del libro es el estudio de una serie de misivas concretas, con una primera sección de cartas inéditas y otra de cartas recuperadas, con cinco y seis apartados respectivamente. Cada uno de ellos es como una tesela para esa necesaria reconstrucción del mosaico de la vida de don Ramón. Comparecen sus amigos —caso del político Fernando de los Ríos—, artistas como el escultor Juan Cristóbal o el pintor cántabro Gerardo de Alvear. Otras misivas proporcionan informaciones sobre su posicionamiento ante el galleguismo u otros acontecimientos políticos del día. Alguna carta aporta información sobre la difusión de sus obras —ese campo tan necesitado todavía de estudios sistemáticos—, ya que surgen del contacto con sus traductores —el checo Antonín Pikhart—o con libreros y editores con quienes se relacionó tratando de hacer valer su peculiar forma de entender la edición literaria: Fabián García y Fernando Fe. Y no falta algún fleco novelesco como sucede con una carta interceptada por los servicios secretos franceses.

La transcripción es siempre cuidada, se incluyen reproducciones fotográficas de las cartas y los comentarios a cada una de ellas constituyen una pequeña monografía llena de datos y matices. No en vano Serrano Alonso es el mejor conocedor de la bibliografía valleinclaniana. Hasta tal punto se nota que la mención del traductor checo le da pie para presentar una relación de traducciones de textos de Valle-Inclán en vida del autor (pp. 23-25). Si en los toros hasta el rabo cuenta, también en este libro su «Coda y Addenda» finales resultan sabrosas incitaciones a seguir hurgando en las hemerotecas a la búsqueda de textos olvidados de don Ramón: le sirven a Serrano Alonso para llamar la atención sobre dos publicaciones periódicas no localizadas —*La Voz de Arosa* y *La Crónica Mercantil*— donde existen muchas posibilidades de que haya textos del joven escritor.

Los epistolarios de escritores permiten entrar en sus talleres, conocer la sociabilidad artística de su tiempo, sus posicionamientos estéticos. En su brevedad, este libro ofrece un valioso ejemplo sobre como proceder con estos materiales que con sus luces indirectas iluminan aspectos de la vida y de las obras de los grandes autores que de otro modo resultarían inaccesibles.

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ.  
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

**Antonio Vilanova. *La letra y el espíritu (1950-1960). Letras universales. Prólogo de Adolfo Sotelo Vázquez. Alba Guimerá, Gemma Márquez y Blanca Ripoll (eds.). Madrid. Devenir el otro. 2014. 309 páginas.***

La década de los años 1950-60 no fue un periodo particularmente propicio para el desarrollo de la cultura en España. Por el contrario, esos años, en general funestos para la vida intelectual española, se caracterizaron por carencias fundamentales en el discur-